

CAPITULO OCTAVO.

DIOS SE COMPLACE EN GLORIFICAR AL PAPA QUE HA DEFINIDO LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

Todos aquellos que se acercan al augusto Pio IX se sienten heridos de la santidad que respira toda su persona sagrada. Como el Divino Maestro, puede desafiar á sus enemigos a que le reprochen algo serio. Todos se ven obligados a confesar que en él brillan todas las virtudes que forman a los santos pontífices que Dios da a su Iglesia en los tiempos difíciles que debe atravesar.

Siendo cardenal, se hablaba muy poco de él; pero desde que ocupa tan gloriosamente la Cátedra de San Pedro, su nombre llena el mundo entero. De todas las partes de la tierra se acude a sus piés para recibir sus consejos y su bendición, y Dios se complace en manifestar la santidad de su Vicario, de aquel a quien ha predestinado desde la eternidad, y que eligió entre todos para agregar a la diadema de su Divina Madre su mas bello florón.

Se lee en la *Semaine Religieuse* de Tours los extractos siguientes de una carta en la que el autor da cuenta de una conversacion que tuvo con un ilustre y piadoso cardenal:

«Yo creo que no os interesará ménos otro asunto: y es lo que me ha dicho S. E., del Soberano Pontífice y de sus cualidades privadas. Como yo me felicítase por la bondad exquisita y la extrema condescendencia de que habia sido objeto en la audiencia privada que me habia sido concedida, «Esto seria, me dijo, no conocer al Santo Padre sino a medias y juzgarle por estos exteriores de bondad, de mansedumbre y de paciencia que todo el mundo admira. Es me-

« Sin embargo, habiéndose notado un ligero alivio, el doctor permitió que lo llevásemos al campo. Partimos el 7 de Julio en la tarde, a fin de evitar el calor. Para ponerlo en el carruaje, lo hice bajar de mi quinto piso por una persona, y llegado a la estación de Orleans, un factor del camino de fierro lo tomó en sus brazos para colocarlo en un wagon.

« Cuando llegamos a nuestro destino, volvió a tomar la cama, la que no abandonaba sino de cuando en cuando. Tuvo aún frecuentes padecimientos, y cuando se le permitía levantarse, se arrastraba de su cama a la ventana ó al jardín, con la ayuda de su muleta, y sostenido por alguna otra persona cuando yo no estaba allí. Se volvió sumamente impresionable: un relámpago, un trueno, lo ponían en una dolorosa agitacion; el temblor de tierra del 14 de Setiembre le ocasionó una crisis terrible.

« Permaneció tres meses en el campo y volvió a Paris el 6 de Octubre, no trayendo de su viaje sino un alivio apenas sensible. Sin embargo podía aun ir a la ventana, ó a su silla, y sostenido por mí, pasar al comedor para comer con nosotros. Pero el 10 del mismo mes de Octubre, se resbaló su muleta sobre el pavimento, cayó sobre su lado enfermo y experimentó un dolor extremo; se acostó para no volverse a levantar.

« Casi en dos meses, la cama de Edmundo no se hizo mas que dos ocasiones. Esta desgraciada caída fué la señal de una nueva série de vivos sufrimientos, y era tan grande la sensibilidad desarrollada en el lado derecho, que no podía sufrir sin dolor la postura de una cataplasma ó de una pomada untuosa, que se le extendía ligeramente sobre la epidermis.

« El señor doctor Ferrand, que lo habia asistido interinamente al principio de su enfermedad, vino a verlo como amigo, y al retirarse dijo a mi mujer, que le preguntó lo que pensaba, que él estaria así por mucho tiempo, y que durante algunos meses se veria precisado a usar de sus muletas.

« El señor abad Codent vino a verlo el 15 de Noviembre, y dijo al salir a alguno que le acompañaba, que era un niño desahuciado, que la parálisis lo invadiria poco a poco, y que acabaria por sucumbir. Nuestro doctor mismo nos habia dicho, que era necesario no pensar en que se levantase ántes del mes de Enero, y todavía....

« Lo que nos causaba más pena, al ver a este pobre niño, era que además de sus horrorosos sufrimientos, tenia en la cama una postura imposible; su talon tocaba casi la parte inferior de sus riñones, y algunas veces se oía en la articulacion de la rodilla, crepitaciones que horrorizaban a las personas presentes.

« El 14 de Noviembre, yo me encontraba en casa de uno de mis amigos, el que me comunicó la relacion publicada en el *Echo de Notre Dame des Victoires*, de la curacion repentina, operada en la calle de Villedo, al contacto de un pedazo de sotana del Soberano Pontífice Pio IX, y los dos admiramos la manera con que el Señor parece querer glorificar a su Vicario. Este amigo, ¡gracias le sean dadas! me aconsejó que hiciese leer este artículo a nuestro enfermo, a fin de estimular su fe, y otro de mis amigos me ofreció prestarme una média que tenia, que habia pertenecido a nuestro muy querido Pontífice Pio IX, autorizándome para que la pusiese en la pierna enferma del niño, y se la dejase durante toda una novena que comenzariamos en honor de la Santísima Virgen.

« Yo llevé la média a mi casa con una emocion profunda, é hice leer el relato en cuestion a mi hijo, el que se conmovió mucho y manifestó el deseo de utilizar tambien la preciosa reliquia que le mostré. Todos al principio tuvimos la intencion de no comenzar esta novena sino hasta el 30, para terminarla el dia de la fiesta de la Inmaculada Concepcion; pero el desgraciado niño continuó sufriendo tanto, que no quisimos retardar por más tiempo el medio que la Providencia ponía en nuestras manos.

« Nuestro piadoso doctor habia manifestado la intencion

de aplicarle un vejigatorio, y aun nuevos cauterios (ya le habia puesto dos en el mes de Junio); pero asociándose a nuestra intencion con una exquisita delicadeza, dejó la ejecucion de esta medicina para despues de la novena, diciendo que era preciso no hacer dos remedios a la vez.

«Nosotros comenzamos nuestra novena el 21 de Noviembre, dia de la Presentacion de la Santa Virgen. La mañana de este dia, mi mujer puso la preciosa média en la pierna enferma. En este momento Edmundo sufría mucho; recitó interiormente la oracion: *¡Acuérdate, oh piadosísima Virgen!* y apenas se le puso la média *cuando los sufrimientos cesaron instantáneamente*. No ha vuelto a sufrir despues. Sin embargo, continuamos nuestra novena hasta el 29; los dolores no habian vuelto a aparecer, hasta el dia 25 en la tarde, durante algunos minutos, y de una manera muy soportable. Esta cesacion de sufrimientos era cuanto nos habiamos atrevido a pedir; estábamos resignados con verlo quedar enfermo toda su vida, y él mismo participaba de nuestra resignacion.

«Pero la soberana bondad no quiso hacer las cosas a médias.

«El 30 de Noviembre, en union de todos nuestros amigos, volvimos a comenzar la segunda novena en accion de gracias, y el doctor permitió a Edmundo que se levantase al dia siguiente. En efecto, el 1.º de Diciembre, mi mujer le ayudó a levantarse; le habia quitado la média del Santo Padre; pero apenas se levantó, se puso a llorar: «Mamá, mamá, exclamó él, mi pierna no me soporta. ¡Yo no podré andar nunca!» Su madre, llena de fe, le respondió que Dios queria probarlo, y lo consoló lo mejor que pudo. En el mismo instante, Mr. Ségur llegó para ver al niño.

«Yo no conocia del todo a Mr. Ségur. Durante esta larga enfermedad, habia oído hablar de nosotros a uno de nuestros amigos; se habia dignado informarse a menudo sobre el estado de Edmundo; aun habia tenido la atencion de enviarle una obra intitulada: *La Journée des Malades*; que no conocia-

mos mas que de nombre. Habiendo sabido el 29 de Noviembre, que estaba de regreso despues de una larga ausencia, creí de mi deber llevarle la noticia de la cesacion de los sufrimientos del niño, por quien se habia dignado interesarse. Me recibió con una extrema bondad y me comprometió vivamente a pedir, en una tercera novena que nosotros queriamos empezar, la curacion completa de la pierna enferma. Insistió de nuevo durante su visita a Edmundo, y comprometió a mi mujer a que le volviera a poner la preciosa média de Pio IX. Esta média fué puesta de nuevo en la pierna enferma, que estaba ya tan aliviada, y el lúnes 3 de Diciembre, nuestro enfermo quiso levantarse. Cuando lo vistieron, su madre le presentó su muleta. «Es inútil le dijo, yo andaré solo; ya siento mi pierna.» Su madre insistió para que la tomase, pero él no lo hizo sino por obediencia; anduvo sin apoyarse en ella. Su pierna, tan recta como ántes de su enfermedad, funcionaba como la otra y lo sostenia bien. Entónces se deshizo en lágrimas, pero esta vez de gozo y de felicidad. Mi mujer, conmovida tanto como él, lloraba tambien, y en estos momentos llegó una de mis hermanas que habita en Paris, y que no se conmovió ménos al ver parado y andando a un niño enfermo a quien estaba acostumbrada a ver desde hace quince meses sobre el lecho del sufrimiento: ella ignoraba la historia de esta preciosa média.

«Cuando volví de mis ocupaciones, fuí recibido con un grito de gozo, y mi emocion fué suma, no tanto por el alivio de mi hijo, cuanto por considerar la extrema bondad de Dios, que se dignaba honrar a mi familia y a mi casa con un favor tan estupendo; el niño fué conmigo al comedor sin apoyarse sobre mí, aunque le daba el brazo, y sin experimentar fatiga ni dolor.

«Prevenido su médico en la tarde, llegó a la mañana siguiente radiante de gozo y de felicidad. Lo hizo andar, bailar, subir y bajar nuestra escalera. En una palabra, él demostró una cura completa y radical.

«Desde el 3 de Diciembre, Edmundo anda todos los dias

nester, como nosotros, verle todos los días de cerca y en su vida práctica. Tiene una austeridad y regularidad de vida toda monástica. Todos los días preside las congregaciones hasta las diez ó las once; quiere verlo todo, apreciarlo todo, estudiarlo todo por sí mismo. Cuando hay alguna duda, ó dificultad, se encarga personalmente de decidir, de transar la cuestión; y quedamos pasmados al ver el buen sentido, la justicia, la prevision que resplandece en todas sus decisiones.

«Todas las veces que hemos tenido alarmas é inquietudes a consecuencia de las complicaciones políticas, él es quien nos afirma y fortifica, con su calma y su serenidad. Tiene una memoria tal que nos admira, frecuentemente, al cabo de dos ó tres años, se acuerda de cosas que los demás habían olvidado. Después de estos trabajos de la mañana que hubieran bastado para fatigarlo, da sus audiencias privadas ó públicas, que se prolongan algunas veces dos ó tres horas consecutivas donde se muestra tan bueno, tan afable, tan franco, y con una inteligencia tan viva y tan pronta para las necesidades de todos....» Hé aquí lo que me decía el cardenal, con esa franqueza que lo caracteriza. Me pareció lleno de afecto y de admiración hácia la persona del Santo Padre. De donde concluyo que Pio IX es un gran Papa y un santo, cuyas facultades naturales han sido evidentemente engrandecidas y sobrenaturalizadas por su gran piedad y el contacto de los dolores de la Iglesia. Dios lo ha hecho tal como es, precisamente para las necesidades del momento. Alrededor de él todo participa de su influencia. El ejemplo de su afabilidad con los extranjeros se hace sentir en torno suyo; y tiene en el giro de los negocios eclesiásticos y civiles una actividad que no podíamos suponer nosotros.

—Se escribía de Roma:

«El 18, fiesta de la dedicación de las basílicas de San Pedro y San Pablo, se vió al Soberano Pontífice en la basílica de San Pedro, expresando por una amable y religiosa son-

risa la paz y la resignación de su grande alma. En el momento de la veneración de las Santas-Reliquias, la multitud que le rodeaba no podía contener su admiración. *Es un santo, es un santo*, exclamaban. Los ingleses mismos, con un tono penetrado, decían en alta voz: *He is truly an holy man*, verdaderamente es un santo.»

—Se lee en la *Semaine Catholique* de Ródaz:

«Hará como dos años, que uno de los venerables eclesiásticos de Ródaz se encontraba en Roma. Pidió al Santo Padre su bendición para una hermana de la caridad que hacía mucho tiempo sufría un dolor en la mano, y la pidió también para un sacerdote de ochenta y cuatro años, que estaba entonces muy grave, y que se creía desahuciado. Estas bendiciones le fueron concedidas de muy buena voluntad. A su vuelta supo que la Hermana había quedado completamente sana en la misma hora en que se le había dado la bendición, y que en el mismo instante se había obrado una mejora sensible en el estado del anciano, que no tardó en recobrar la salud.—Para formarse una idea de la santidad de Pio IX, es menester verlo al pié de los altares. Es necesario asistir a la Santa Misa que celebra como un ángel bajado del cielo. A menudo las lágrimas inundan su bello semblante iluminado con una luz celestial.

Con mucha frecuencia se aprovecha el Santo Padre de sus paseos para ir a visitar algún santuario.

Cuando el cortejo papal encuentra al Santo Viático en las calles de Roma, baja el Papa de su carruaje y lo acompaña hasta la cabecera del enfermo. Este caso se presentó últimamente. Pio IX se colocó al lado del sacerdote que llevaba el pan de los fuertes al marqués de Bargagli, ministro de Toscana cerca de la Santa Sede. Según la piadosa costumbre de Roma, una multitud numerosa seguía al sacerdote cantando oraciones. Pio IX se arrodilló durante la comunión, y dirigió al marqués algunas palabras llenas de unción cristiana.

Amor de los obispos á Pio IX.

La procesion del *Corpus*, que se hizo con una magnificencia extraordinaria, atrajo una inmensa multitud a la Plaza de San Pedro. Se contaron cerca de trescientos cuarenta cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos. Los orientales con las vestiduras resplandecientes, las posturas graves y recogidas, los mas con su larga barba blanca, atraían todas las miradas. Nadie podia dejar de enternecerse viendo la figura del Papa conducido en hombros y llevando entre sus manos al Santísimo Sacramento. Alrededor de él estaban agrupados todos estos prelados que, venidos de las extremidades de la tierra, atestiguaban con su union a la Sede de Roma la unidad de la fe.

Decimos de las extremidades de la tierra: y en efecto, como un eclesiástico de Canadá felicitase a un obispo de este país por el celo, con el cual, a pesar de su edad, habia venido a asistir á la fiesta del Centenario:

No he hecho nada que valga la pena de ser admirado, respondió el obispo, porque solamente he atravesado el Océano en un paquete, y la Europa por camino de fierro. Pero ved a este otro obispo. Viene de las extremidades de las posesiones inglesas del Norte de América y ha debido hacer cosa de cuatrocientas leguas á pié antes de encontrar un camino abierto.

Los obispos han traído al Santo Padre donativos preciosos y magníficos. Hemos dicho que las sumas depositadas por ellos a los piés del Padre comun de los fieles se extienden a cuatro millones de escudos (20.000.000 de francos), sin contar los objetos de inestimable valor que le han sido ofrecidos. El cardenal-arzobispo de Besançon presentó a Su Santidad un gran viril adornado de piedras preciosas; los obispos de Canadá (y segun otros, los obispos españoles) le han remitido un buquecito de mas de un metro de largo,

verdadera obra maestra de platería. El lastre de este navío está formado con piezas de oro; sus camarotes contienen algunas monedas de oro de los principales países del globo.

Un obispo muy anciano se presentó en la audiencia apoyado sobre un largo y grueso baston. Se le obligó a que lo depositara en la sala de espera haciéndole observar que era contrario a la etiqueta el entrar al gabinete de Su Santidad con baston. El obispo insistió, he informado el Papa de la cuestion, dió orden para que se le introdujera como deseaba. Entónces el anciano, objetando la pobreza de su diócesis, se excusó con el Santo Padre por no tener otra cosa que ofrecerle mas que su baston. El Papa un poco admirado lo tomó de mano del obispo, pero se apercibió de que era extraordinariamente pesado, y no tuvo trabajo en reconocer que era de oro macizo.

Cura maravillosa é instantánea atribuida á Pio IX.

La carta que se va a leer ha sido ya reproducida en parte en varios diarios religiosos franceses y extranjeros que aparecen bajo la proteccion de los obispos diocesanos. No se trata de un hecho oscuro é ignorado que no ha tenido testigos. El jóven enfermo curado era frecuentemente visitado por eclesiásticos distinguidos que compadecian su deplorable estado de salud; citáremos entre otros, a M. el cura de Nuestra Señora de los Campos de Paris, que habita en lá misma casa, y a M. el abad Foulon, superior del pequeño seminario, hoy obispo de Nancy:

Dejémos hablar al mismo padre del jóven curado, que da parte de su felicidad a uno de sus amigos.

«Paris, 15 de Diciembre de 1866.

«Mi querido amigo:

«El interés que habeis manifestado al mas jóven de mis

hijos me pone en el deber de informaros de la gracia maravillosa de que acaba de ser objeto.

«Sabeis, mi querido amigo, que la fiebre tifoidea, de que fué atacado el 1.º de Setiembre de 1865, le dejó huellas profundas y crueles que lo debilitaron y lo hicieron sufrir de una manera increíble. Luego que se me informó del carácter de la enfermedad, pedimos a Dios que nos lo conservara, y conforme a nuestras continuas oraciones, desapareció todo peligro el 19 de Setiembre, aniversario de la aparición de la Santa Virgen a los pastorcitos de la Saleta. Pero Dios no quiso que terminasen aquí nuestras pruebas.

«Después de una parálisis de intestinos, enérgicamente combatida por el doctor Douillard, nuestro joven y hábil médico, le sobrevino otra en la pierna derecha, acompañada de una fuerte inflamación en la articulación del fémur.

«Me es imposible expresar lo que sufrió este pobre niño; no podía extender su pierna inerte, y para ir del lecho a su sillón, cuando se le permitía levantarse, se arrastraba más bien que andaba, con la ayuda de una muleta y un bastón, y aun así era necesario sostenerlo bajo los brazos.

«Este estado enfermizo fué indicado además por accesos de sufocación que nos hicieron temer una muerte próxima. Una tarde, particularmente, del mes de Enero último, mientras que yo comía en casa de nuestro querido doctor, se puso repentinamente tan malo que su madre me envió a buscar. El doctor y yo corrimos apresurados, y nos encontramos al niño moribundo. Mi mujer, ayudada de un vecino, había sacado su cama frente a las ventanas abiertas, y a su mirada interrogadora, el médico le indicó que mandara inmediatamente a buscar a su confesor, M. el abad Hello, limosnero del patronato de Nazaret. Sin embargo, gracias al hábil y enérgico método que fué empleado, desapareció el peligro y la crisis cesó poco a poco. Algunos otros ataques se sucedieron los días siguientes, pero menos violentos, y el tratamiento que se siguió los hizo cesar completamente.

«Llegó el 30 de Abril, día en que mi hija debía tomar el

hábito de las Hijas de Santo Domingo, en el convento de Sévres. En razón de la circunstancia, nos aventuramos a conducir al pobre enfermo a esta ceremonia. Se le condujo al parador del Monte Parnaso; luego que llegó á la estación de Sévres, el factor del camino de fierro lo condujo al convento en un carro de brazos que le sirve para trasportar fardos. No se fatigó mucho con esta excursión, y el 10 de Mayo siguiente, día de la Ascension de Nuestro Señor, vino conmigo, siempre ayudado de su muleta, para asistir a la misa en el convento de los RR. PP. Dominicos. Recibió allí la santa comunión, de pié (no se podía arrodillar), en la puerta que separa la sacristía del altar mayor. El padre Larchey dijo la misa. En la tarde de este mismo día, asistimos en familia al depósito del Santísimo Sacramento, en la capilla de Nazaret, pero, al volver el pobre niño no podía más; mis brazos y su muleta lo sostenían con gran trabajo; se veía obligado a sentarse a cada instante sobre los pilares de la calle. Luego que entró, se acostó, y desde entonces comenzó para él una serie de sufrimientos espantosos, que muchas veces me han hecho temer por su razón.

«Nunca he comprendido tan bien como ahora la impotencia del hombre, porque esta larga enfermedad no ha podido ser vencida ni por los cuidados incesantes y multiplicados de una madre, ni por la ciencia más vasta puesta a disposición del tierno afecto y cariño sin límites que nuestro buen doctor tiene al pobre paciente.

«Durante cerca de dos meses, los sufrimientos ordinarios de mi hijo se complicaron con crisis nerviosas que me hicieron muchas veces erizar los cabellos; deliraba completamente, y le ví sobre sus labios accesos de una risa de tal manera idiota é imbécil, que tenía el corazón hecho pedazos. Estaba de tal manera agitado, que para sostenerlo en su cama, me veía precisado a emplear toda la fuerza de que estoy dotado. Habiéndolo abandonado una vez para ir a la pieza inmediata, saltó de un solo brinco de su cama al medio del cuarto, donde permaneció tendido sin movimiento.